

al precio de las purgas y terapias más brutales, evoca sin duda el origen de las inmensas carnicerías de los totalitarismos contemporáneos. Y en esto podría ser yo el que habla, naturalmente. Hoy conocemos los resultados que se han pagado con millones de muertos en los campos de concentración. Yo creo que Baudelaire fue uno de los primeros en presentirlo y en describirlo. Con este discurso, ¿quién habla en realidad, él o yo? Admitamos que hablamos los dos... Todo esto para decirte que yo acepto la idea de identificación, pero en terrenos de este género y no en una identificación romántica y boba con el personaje. Yo me identifico con su voz, con lo que dice.

—Tú has escrito sobre moral, religión, metafísica... y ahora dices haber querido abordar la estética.

—Efectivamente. Para mí una novela no es una máquina, un lugar o un pretexto para contar historias, es algo con lo que puedes pensar. Una novela es un vehículo de conocimiento, de reflexión. Si en "El diablo en mente" abordaba esencialmente la política, en esta obra sobre Baudelaire echo mano de la literatura, el arte, la creación.

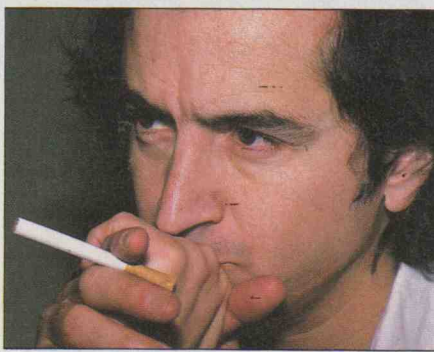
—Dicen que eres reticente a la adaptación cinematográfica de tus novelas. ¿Por qué?

—Sí, he rechazado ya varios proyectos porque creo que lo peor que le puede ocurrir a una novela es conseguir ser adaptada con éxito. La fuerza del medio cinematográfico es tan grande, la marca que imprime un actor a un personaje tan profunda... que todo el esfuerzo del escritor por esculpir un personaje, cincelar un carácter, tejer tal o cual hilo de la intriga, puede ser pulverizado por la impresionante fuerza del personaje en la pantalla.

—Tú fuiste uno de los principales animadores de la corriente «Nuevos filósofos». ¿Cuáles eran sus características fundamentales y qué aportasteis?

—Fue un encuentro de pensadores llegados de horizontes muy diversos. Gente unida filosóficamente en torno a un programa mínimo que era en aquel momento la crítica del totalitarismo, la puesta en discusión del marxismo. Eso provocó un cierto deshielo intelectual de la izquierda francesa, que era arcaica y estaba encerrada en convicciones heredadas del siglo XIX y fascinada en el fondo por los modelos totalitarios. Creo que se aportó una modernización de la izquierda francesa, comenzó la caída del partido comunista y se levantó la prohibición que pesaba sobre la crítica del totalitarismo.

—Una vez dijiste que había que saber hacer «la crítica de los efectos perversos inducidos por su propio discurso». ¿Lo has hecho?



«EL HONOR DEL HOMBRE CONSISTE EN LUCHAR PASO A PASO, DÍA A DÍA, CONTRA ESA PARTE DE TRAGEDIA QUE ACOMPAÑA A LA AVENTURA HUMANA. YO NO ME RESIGNO AL HORROR NI A LA BANALIZACIÓN DEL MAL. ACEPTAR ESA IDEA ES ESCANDALOSO».

—Claro que sí. Los efectos perversos los hay en todos los libros. "La barbarie con rostro humano" fue recuperado por gente de derechas que yo odiaba. "El testamento de Dios" fue interpretado por «ayatollás» judíos más sectarios de lo que yo hubiera imaginado. Y "la ideología francesa" fue levantada como un estandarte por una extrema izquierda en la que tampoco yo me reconocía.

—Te consideras un hombre de izquierdas y mucha gente, sin embargo, dice que eres de derechas.

—Creo que esa gente tendría que poner sus relojes en hora. Yo no he sido nunca un hombre de derechas. En mi vida ha habido una constante absoluta: mi familia, mi origen, mi obra... son de izquierdas, pero de una izquierda que jamás ha hecho el elogio de los verdugos, que se ha negado a creer que el terror es justificable.

—¿Cuál consideras que es el papel del intelectual en la sociedad moderna?

—Pensar. Y pensar quiere decir complicar el mundo. Yo diría, parodiando a Marx, que los intelectuales han intentado durante demasiado tiempo simplificar el mundo y que ya es hora de que lo compliquen. Yo creo que es muy importante introducir el espíritu de complejidad.

—Tú lanzaste la definición de «intelectual de tercer tipo», es decir, alguien «deliberada, metódica y espontáneamente no alineado». ¿Significa esto intelectual «no comprometido»?

—Naturalmente que no. Yo soy un hombre comprometido, mucho. No alineado significa que no estás obligado a aceptar las cosas tal y como son presentadas por los estados mayores políticos, por

las alturas que se reparten el poder. Simplificar las cosas supone abdicar, es una forma de traición.

—¿Crees que los intelectuales tienen una responsabilidad frente al pueblo?

—No, ninguna. El intelectual tiene una responsabilidad ante la verdad, el arte, la historia o el género en el que quiere destacar, pero no ante el pueblo.

—«El mal es la esencia del hombre». Lo has dicho.

—Sí, eso creo.

—¿No te parece que es una visión demasiado trágica?

—No, es simplemente una visión judeo-cristiana. Creo que el mal forma parte de la aventura de la especie, de su vocación, lamentablemente.

—Pero tú no te resignas al horror.

—Claro que no. Contrariamente al pensamiento pesimista tradicional, soy de los que opinan que el honor del hombre consiste en luchar paso a paso, día a día, contra esa parte de tragedia que acompaña a la aventura humana. El honor del hombre está en la resistencia, en el combate incesante. No me resigno al horror ni a la banalización del mal, ni siquiera en la forma más cotidiana y trivial de la miseria. Formo parte de los que no se resignan al espectáculo de un niño torturado, de un prisionero político, o ante la imagen de un parado en una sociedad industrial o de un accidentado en el trabajo. La aceptación de esa idea la encuentro totalmente escandalosa. Eso también es el mal.

—Un político español decía hace unos días que la juventud española tiende hoy día al individualismo y al no compromiso político. ¿Crees que esto es algo general?

—Sí, me parece que es una tendencia del espíritu europeo. Pero creo que no es malo siempre que no tenga como fin el egoísmo o la indiferencia del otro. Si desapareciera algún día el impulso de solidaridad, sería horrible.

—El «leit-motiv» de nuestra época parece ser triunfar, triunfar, triunfar...

—Horror, horror, horror...

—¿Qué significado tiene para ti «triunfar»?

—No quiero decir nada, es un sueño de pacotilla. Las vidas obsesionadas por la idea de éxito son vidas miserables. Por lo menos, yo puedo decirte que las personas que más admiro no están precisamente clasificadas entre los triunfadores, entre esos triunfadores.

—¿Qué cosas fundamentales le gustaría que aprendieran pronto sus hijos?

—Quiero que comprendan solos, pero lo que yo desearía transmitirles es la fuerza de mi deseo. Creo que es lo que un padre podría desear transmitir, la enorme fuerza de su deseo. ●